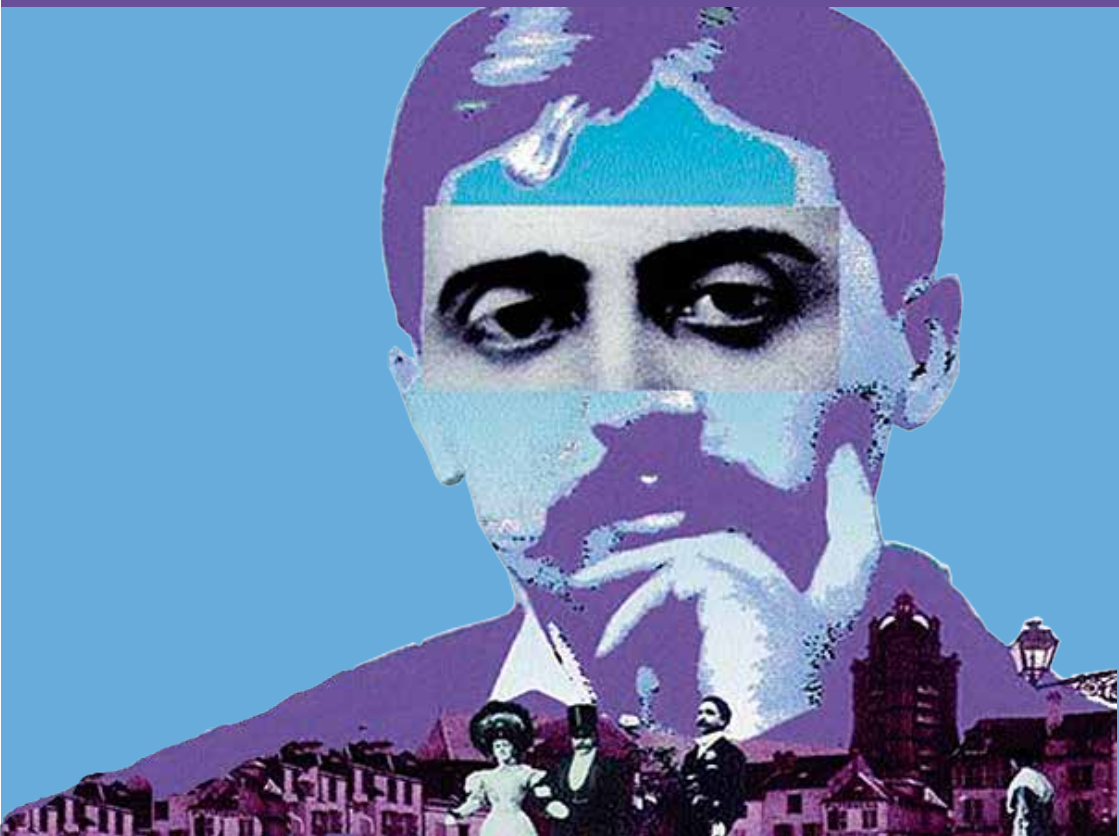


Trabajos, Comunicaciones y Conferencias

Actas de las Jornadas Marcel Proust
Literatura y filosofía

Anaía Melamed
(coordinadora)



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

**Actas de las Jornadas Marcel Proust:
literatura y filosofía**

Ensenada, 1 y 2 de diciembre de 2014

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2016

Diseño: D.C.V Celeste Marzetti

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Diseño en Comunicación Visual

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2016 Universidad Nacional de La Plata

Actas de las Jornadas Marcel Proust: literatura y filosofía

Ensenada, 1 y 2 de diciembre de 2014

ISBN: 978-950-34-1398-2

Número de la colección: Trabajos, comunicaciones y conferencias 28

Cita sugerida: Melamed, A. (coord.). (2016). Actas de las Jornadas Marcel Proust : Literatura y filosofía (2014 : Ensenada). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Trabajos, comunicaciones y conferencias ; 28) Recuperado de <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/73>



Licencia Creative Commons 3.0 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

INDICE

Presentación	6
<i>Analía Melamed</i>	
Sobre los trabajos presentados en las jornadas	9
<i>Leopoldo Rueda</i>	
Literatura y filosofía: por los caminos de la ambigüedad	16
<i>Silvia Solas</i>	
Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana	29
<i>Luisina Bolla y Andrea Noelia Gómez</i>	
Rorty adversus Rorty: posibilidades políticas en la lectura neopragmatista de la novela proustiana	38
<i>Leopoldo Rueda</i>	
Sobre las condiciones de posibilidad de la metáfora visual	52
<i>Alejandra Bertucci</i>	
La Prisionera de Marcel Proust: el factor Pussy Galore	61
<i>María Luján Ferrari</i>	
El travestismo y la “raza maldita”	71
<i>Ignacio Lucía</i>	
Madame de Sévigné y algunos aspectos centrales del amor en la novela proustiana	81
<i>Andrea Noelia Gómez</i>	
Memoria y experiencia en Proust: una lectura de “Unos amores de Swann”	89
<i>Santiago Woollands</i>	
Recordar y despertar: dos experiencias de umbral en Saer y Proust	100
<i>María Alma Moran</i>	
Elogio al fracaso (Sobre lecturas deseantes de la Recherche)	109
<i>Luis Fernando Butierrez</i>	
Charlus, un recorrido personal de la decadencia	118
<i>Analía Melamed</i>	

Presentación

Las jornadas “Marcel Proust: literatura y filosofía” realizadas durante el año 2014 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la UNLP contaron con el valioso auspicio del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (Conicet-UNLP) y del Departamento de Filosofía. Estas jornadas constituyeron un aporte más a una tradición de estudios proustianos del Departamento de Filosofía, que incluye el desarrollo de proyectos de investigación, tesis doctorales, publicaciones de libros, artículos, ponencias, etc. El antecedente más directo de las jornadas de 2014 se remonta a las Jornadas “Proust y la estética contemporánea” realizadas el 21 y 22 de septiembre de 2000 en el pasaje Dardo Rocha de La Plata, con el auspicio de los Departamentos de Filosofía y de Letras de la UNLP así como de la Embajada de Francia. En esa ocasión fueron organizadas por Julio Moran en calidad de director y quien escribe como secretaria. Contaron además, con la presencia de numerosos especialistas de filosofía, letras, historia del arte, pintura, cine.

En 2014 quisimos retomar aquel espíritu de las primeras jornadas y para ello contamos con el aporte entusiasta de alumnos de la carrera de Filosofía –también de las carreras de Letras e Historia– reunidos en un grupo de lectura sobre Proust. Asimismo tuvimos la colaboración de Profesores de Filosofía y de Letras, muchos de los cuales habían participado también de las jornadas realizadas 14 años antes.

Por mi parte, para la apertura de las jornadas me propuse investigar sobre la vida de Marcel Proust y lo que cien años antes le había ocurrido, para que nuestra reunión fuera al mismo tiempo una ocasión para conmemorar algún acontecimiento especial de su vida u obra. Al indagar en las biografías, particularmente la de Jean-Yves Tadié,¹ de donde extraje la información que

¹ Jean-Yves Tadié. (1983). *Proust* (pp. 281-287). París: Belfond.

sigue, encontré que posiblemente 1914 fue uno de los años más tristes de la existencia de nuestro autor. En efecto, el 1 de enero se publica en la *Nouvelle Revue Française* una crítica demoledora de Henri Ghéon a *Por el camino de Swann* editada el año anterior. Ghéon considera a la obra “producto del ocio”, “lo contrario de la obra de arte, es decir, un inventario de sensaciones” que “rebaso nuestra irritación”. Para medir la importancia que la crítica tendría sobre Proust baste señalar que éste consideraba a la *Nouvelle Revue Française* como parte de su familia espiritual. No obstante, intenta defenderse al afirmar –en una nota dirigida a Ghéon– que no se trata de un producto del ocio porque su enfermedad le permite escasas horas de trabajo. Mientras que a la acusación de minuciosidad responde que sin estrellas y microbios no se puede descubrir las leyes profundas de la vida y de la naturaleza. Hay que señalar que también recibe críticas elogiosas, por ejemplo la del pintor Jacques Emile Blanche publicada el 15 de abril en *L’Echo de Paris*.

El 30 de mayo su amado Agostinelli –que estaba inscripto en una escuela de aviación con el nombre Marcel Swann– cae al mar en una avioneta y muere ahogado. Ese mismo día Proust le había escrito una carta donde contaba que le había comprado un avión y que tenía intención de hacerle grabar el soneto “El cisne” de Mallarme (el mismo que el narrador de *En busca del tiempo perdido* quiere grabar en el *rolls* de Albertina). Proust compara su dolor por la muerte de Agostinelli con el de la muerte de su madre.

En el mes de julio se declara la Gran Guerra, hoy conocida como la primera guerra mundial, cuyos efectos devastadores son ampliamente conocidos. Su hermano y muchos de sus amigos van al frente. En esa época su correspondencia incluye las listas de los amigos caídos en combate. De esos textos, las descripciones de las noches en París durante la guerra reaparecerán en el *Tiempo Recobrado*. El 17 de diciembre muere en el campo de batalla uno de sus más queridos amigos: Bertrand de Fénelon. Y el 31 de diciembre, en una carta, se refiere al año 2014 como “este año horroroso”.

También durante 1914 transcurre la preparación de *El mundo de Guermantes* y de ese año datan esbozos de lo que serán *Sodoma y Gomorra*, *La prisionera*, *Albertina ha desaparecido*.

De lo dicho surge que resulta imposible escoger algún acontecimiento de ese año que sea digno de celebración cien años después, sin embargo sí hay algo que es necesario rescatar, una suerte de mensaje que atraviesa los años y

tiene significado en un contexto que ya no es el mismo, pero que se le parece en su violencia. Y es que en un mundo que se derrumba, la persistencia en la escritura, la confianza en la propia obra y en su capacidad redentora del sufrimiento, son merecedoras de recuerdo y admiración.

Analia Melamed

Sobre los trabajos presentados en las Jornadas

*Leopoldo Rueda*¹

Los trabajos que aquí se presentan abordan distintos aspectos de la obra proustiana, e indagan todos ellos los puntos de vinculación entre la literatura y la filosofía, eje principal de las Jornadas. En este sentido, en “Literatura y filosofía: por los caminos de la ambigüedad” Silvia Solas comienza con dos preguntas básicas, a saber, ¿qué tienen en común literatura y filosofía? ¿Qué las diferencia? En el abordaje de estas preguntas, Solas retoma por un lado la perspectiva de Proust como un referente del campo de la literatura que aborda la filosofía y por otro lado la perspectiva de Merleau-Ponty, quien desde la filosofía trabaja la literatura. En los trabajos de Merleau-Ponty sobre Proust es donde justamente resalta la relación entre literatura y filosofía, dado que allí se pone de relieve su condición de posibilidad: la convicción de que somos contingencia y ambigüedad. Si, como sostiene Merleau-Ponty, la tarea del novelista es hacer que las ideas existan delante de nosotros, la filosofía y la literatura vuelvan a reunir sus caminos cuando la primera busca dar cuenta de la experiencia del mundo, por lo cual ya no puede prescindir de las historias literarias, en tanto que ellas no representan o traducen algo, sino que hacen accesible ese algo a la experiencia de todos. Pero, como señala Solas, en el caso de la novela proustiana no sólo se experimenta una obra (una sonata o a Fedra) sino que también experimentamos la experiencia del receptor de dichas obras. Es a través de la literatura donde se recupera una noción no dualista de la experiencia humana, o mejor, donde se encuentran superados los dualismos adentro/afuera, sujeto/objeto, cuerpo/pensamiento, ideal/sensible, y sobre todo visible/invisible. La

¹Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

literatura y la filosofía tienen así la tarea de mostrar el trasfondo metafísico del hombre, su fundamental contingencia, su ambigüedad.

En Proust esta contingencia llega hasta lo más profundo de lo humano, a su yo, cuestión que es trabajada en el capítulo titulado “Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana” de Noelia Gómez y Luisina Bolla. Tomando la noción de intertextualidad, las autoras indagan en las identidades inestables que aparecen en la novela proustiana desde un marco sartreano, más precisamente desde la teoría de la alienación egológica del primer Sartre. En efecto, la inestabilidad ontológica que caracteriza los personajes proustianos logran ciertos momentos de sutura, de cristalización de una identidad siempre precaria. Del mismo modo, Sartre sostiene que el ego es una instancia derivada, secundaria, mediante la cual la conciencia enmascara su absoluta espontaneidad. El yo ilusorio tiene como función evitar la angustia antes las infinitas posibilidades derivadas de la inestabilidad ontológica y de esta manera lo que opera es un esquema secuenciado como conciencia/alienación/yo. Las autoras sostienen que este esquema funciona también en el caso de las identidades de los personajes de Proust, donde el amor es tanto una instancia alienante como instancia de sutura (siempre precaria) de las identidades. Identidades por supuesto siempre ficticias y teatrales, que configuran la trama de simulacros y equívocos que caracteriza la novela, una trama también de anticipaciones y decepciones.

El radical antiesencialismo y consecuente perspectivismo que caracteriza a la novela proustiana puede ser leído desde una perspectiva política, siempre que el reconocimiento de que no hay verdades últimas pueda favorecer el entrar en una comunicación con otros. En este sentido, en “Rorty adversus Rorty: posibilidades políticas en la lectura neopragmatista de la novela proustiana” Leopoldo Rueda propone leer a Proust desde la teoría de la literatura rortiana, contradiciendo lo que Rorty mismo sostiene acerca de Proust. En efecto, fiel a su idea de la separación del ámbito de lo público y lo privado, Rorty afirma que la novela proustiana solo sirve a efectos de nuestra autoperfección privada pero poco tiene que ver con el fomentar la solidaridad humana. No obstante, atendiendo a la concepción de la literatura del mismo Rorty, es justamente esta la que tiene la función de mostrarnos la pluralidad de los puntos de vista, la posibilidad de autocreación, la necesidad de estimular nuestra imaginación y

de tratar de ver los muchos mundos que nos presentan los otros. El abandono de una perspectiva autoritaria que nos haga creer que estamos en posesión de una verdad es la posibilidad de entrar en una conversación con otros. Es por ello que para el autor del trabajo la novela proustiana sí ofrece perspectivas políticas y que el autor neopragmatista al hablar de Proust contradice su propia concepción de la literatura.

Es justamente en el arte donde se expresa la posibilidad de observar las cosas de otra manera. Alejandra Bertucci se pregunta acerca de si “es posible la metáfora visual” y para ello retoma los aportes de Proust pero también de Ricoeur y de Gombrich. En términos generales las metáforas han sido entendidas como un tropo fundamentalmente lingüístico mediante el cual es posible comparar términos extraños a partir de una desviación o torsión de los sentidos. Como sostiene la autora en “Sobre las condiciones de posibilidad de la metáfora visual”, retomando la concepción aristotélica, las metáforas se caracterizan por un índice negativo (el choque de dos elementos heterogéneos) y por un índice positivo (la posibilidad de observar una nueva semejanza), pero lo interesante de la concepción de las metáforas en el arte de estos tres autores es que para ellos son estas metáforas las que permiten redefinir las categorías con que capturamos lo real y cuestionar las clasificaciones anteriores, teniendo por lo tanto un auténtico valor cognitivo. Pero Proust, como da entender Bertucci, va un poco más lejos todavía cuando afirma que la pintura representa la posibilidad de acceso a una experiencia más originaria del mundo que la que ofrece el lenguaje y el intelecto. De este modo, para Proust, el arte revelaría una “naturaleza poética” en la cual se disuelven las clasificaciones habituales, pero para que el arte revele esto requiere de metáforas vivas, que no fijen su sentido en convenciones sino que exijan al vidente de un esfuerzo de comprensión.

Si para Proust el arte es una posibilidad de comprender a los demás, en su novela él busca lograr una intelección de mundos desconocidos, sobre todo el mundo de las mujeres y las relaciones homoeróticas entre ellas. En “La Prisionera de Marcel Proust: el factor Pussy Galore” Luján Ferrari explora la construcción de la homosexualidad femenina en la Recherche a partir de la construcción del personaje de Albertine y su posible lesbianismo. En la lógica de todos los amores que retrata Proust, el ser amado siempre aparece como un emisor de signos ambiguos, cuya decodificación exacta pareciera

depender de ser habitante de un mundo del cual no somos parte. Los mundos posibles que el arte abre son los que el amor cierra, dejándonos sin embargo la conciencia de su visión y el deseo de participar en ellos. En la novela el amor funciona incluso como un prisma deformante a la hora de considerar la homosexualidad: si en el caso del barón de Charlus la homosexualidad se vuelve feminizante, no sucede lo mismo en el caso de Albertine, cuya sospechada homosexualidad no la masculiniza. Por otro lado, si cuando el amor no interviene se goza de un privilegio epistemológico que permite decodificar los signos y ver, cuando se ama, por el contrario, la mirada recae sobre uno. El mundo de las mujeres aparece en Proust como un mundo desconocido y con características esenciales. Ahora bien, la autora sostiene que al secuestrar a Albertine, lo que se busca es invertir dicha lógica y “mirar sin ser visto”. De esta manera, el amor entre mujeres es puesto como objeto de placer erótico para la mirada masculina, derribando el incognoscible mundo femenino. La autora llama esto el factor Pussy Galore, un elemento mítico y fraudulento que juega tanto en Proust como en buena parte de la cultura popular del siglo XX a la hora de establecer un código la mirada sobre la sexualidad entre las mujeres desde un código visual heterosexual masculino.

El tópico de la homosexualidad es trabajado también por Ignacio Lucía, quien en “El travestismo y ‘la raza maldita’” retoma los aportes de Kosofsky Sedgwick y analiza cómo aparecen en la *Recherche* dos modelos explicativos de la homosexualidad en abierta contradicción. Por un lado, como muestra la escena de seducción entre el barón de Charlus y Jupien, desde el punto de vista de Marcel, la homosexualidad es comprendida desde el tropo universalizante de la “inversión” siendo el homosexual una mujer atrapada en el cuerpo del hombre pero no contradiciendo el patrón heterosexual: una mujer que desea un hombre, un hombre que desea una mujer. La otra visión que aparece en la *Recherche*, o visión “minorizante”, comprende que la homosexualidad es una identidad en sí misma, totalmente distinta de la heterosexualidad, y que determina un tipo peculiar de deseo. Se trata así del tropo de “separatismo de género”. La convivencia de estos dos modelos contradictorios se relaciona según el autor con la crisis en la definición de la homosexualidad de principios de siglo XX de la cual Proust se hace eco. No obstante, no se trata solo de esto, sino que Proust mismo evalúa ambos modelos poniéndolos a jugar en ese escenario teatral de experimentación que es la novela.

Por su parte, en “Madame de Sévigné y algunos aspectos centrales del amor en la novela proustiana” Noelia Gómez propone una lectura intertextual entre las cartas de Sévigné a su hija y el modelo del amor materno que es presentando en la *Recherche*. La autora argumenta que Proust da indicios de que los personajes sabían del amor incestuoso de Mme. de Sévigné por su hija, y por este motivo la inclusión de sus citas y las referencias a sus *Cartas* son entonces marcos de comprensión para entender las lógicas del amor en la novela no quedando exceptuado el amor materno de la perversión y degradación que caracterizan los “verdaderos amores” en Proust. Pero, si las Cartas funcionan como una pista que depende del horizonte del lector descifrar, abren al mismo tiempo un lugar para que el lector haga una lectura telescópica, es decir, se abren muchas perspectivas que no pueden ser jerarquizadas en una escala de más o menos verdaderas sino que todas son válidas. Para Proust la relación con el arte no puede ser dogmática.

Precisamente, Santiago Wollands en su trabajo titulado “Memoria y experiencia en Proust: una lectura de ‘Unos amores de Swann’” señala que Proust denuncia la forma dogmática en que la burguesía se relaciona con el arte. En efecto, el clan de los Verdurin, gobernado por la “ama”, exige a su cogollito la adhesión sin fisuras de los criterios estéticos. No obstante, se trata de una fe donde el arte es una mercancía entre otras que se utiliza como instrumento de legitimación de los nuevos valores de una clase ascendente. La posibilidad de una genuina experiencia con el arte aparece con el personaje de Swann, a partir de la memoria involuntaria que, al mismo tiempo que preserva a las cosas de la nihilización propia del tiempo destructor, funde el pasado y el presente en un dato significativo que se vuelve así lo único digno de fe. La experiencia del arte aparece en Proust como la experiencia por excelencia capaz de ser resguardada por la memoria involuntaria, y como la única que puede sobrevivir al tiempo destructor, pero esta se encuentra amenazada por el amor que todo lo pervierte, como es el caso de Swann, quien a raíz de asociar el arte al amor lo pervierte y se convierte en un “solterón del arte”.

El acceso a una genuina experiencia que recupere toda la densidad de lo real puede encontrarse también en lo que Alma Moran llama “experiencias del umbral”. Partiendo del diagnóstico benjaminiano de la crisis de la experiencia en “Recordar y despertar: dos experiencias de umbral en Saer y Proust” la autora argumenta que tanto para Proust como para Saer el momento del despertar

es un momento fundamental en la posibilidad de la recuperación de la trama de la experiencia. En efecto, para ambos autores, el despertar se proyecta como principio creador y dinamizador a lo largo de sus obras y por otro lado la tematización del despertar remite a la preocupación por lo real. Como punto de confluencia de ambos autores, el despertar es el momento dialéctico por excelencia entre el sueño y la vigilia y funciona así como momento dialéctico entre la ficción y la realidad.

El despertar es también el momento en el que todas las certezas caen y con ellas, caen también todos los hábitos y todas las costumbres que conforman el yo. Como analiza Luis Butierrez, la dinámica del deseo sigue un camino similar. En “Elogio al fracaso (sobre lecturas deseantes de la *Recherche*)” el autor busca articular algunas lecturas en torno a la discusión del deseo y del placer del lector de la novela con la teoría del deseo de Deleuze. A partir de algunos episodios seleccionados, Butierrez hace una reconstrucción de la teoría del deseo de Proust y se pregunta también acerca de si es posible una lectura deseante de la novela. Siguiendo los episodios de los viajes a Balbec del héroe y de la aventura de amor con Albertine, el autor sostiene que en Proust el deseo funciona como algo previo a la relación sujeto-objeto, y que el primer momento es una liberación o un despertar de las potencias del deseo a partir de la caída de los hábitos y las costumbres, producto de una situación novedosa (un viaje, una persona, una obra de arte), una suerte de desterritorialización. Los nuevos hábitos configuran nuevas territorializaciones y una nueva pérdida del deseo, del cual queda siempre un excedente, un “goce procedente de un deseo muerto” que se proyecta en las nuevas sucesiones deseantes. El deseo es entendido así no como la relación entre un sujeto y un objeto sino como campos de fuerza y multiplicidades que se abren o cierran a partir de ciertos dispositivos y que las territorializaciones en hábitos y costumbres clausuran. Por ello, elogiar el fracaso, es valorar la caída de los hábitos y costumbres que liberan las potencias del deseo y que permiten desterritorializaciones, y es esta teoría del deseo la que se pone en juego cuando un lector se acerca a la novela: el fracaso de cada hipótesis de lectura.

Si como dijimos al principio, la ambigüedad era el trasfondo metafísico del hombre que la literatura y la filosofía tenían la tarea de revelar, la novela proustiana expone esta ambigüedad tanto en su aspecto positivo y productivo (como la tarea de autocreación) como también en su aspecto trágico que se

vislumbra principalmente en el recorrido decadente que siguen los personajes de Proust, es decir, expone ambiguamente su teoría de la ambigüedad. En este sentido, en “Charlus, un recorrido personal de la decadencia” Analía Melamed sostiene que por sus múltiples perspectivas el barón deviene un cristal imprescindible para analizar la novela pero también es un espejo en el cual mirar nuestras propias vidas y nuestras lecturas. En efecto, sobre la figura de Charlus, Proust va superponiendo capas, pistas falsas, signos equívocos sujetos a constantes desciframientos que refieren a su fundamental ambigüedad. En Charlus se expone el fracaso de todas las certezas tanto sobre el mundo como sobre los personajes, el fracaso también de los intentos de ocultar una naturaleza que nos excede, pero también se expone en él la batalla de los mundos sociales, la locura y la perversión del amor. Sobre el cuerpo de ese ser ambiguo, como muestran las últimas apariciones de Charlus, no pueden dejar de leerse la tragedia de esa ambigüedad y las marcas de las batallas contra sí mismo, y sobre todo, la batalla siempre perdida contra el tiempo destructor.

Elogio al fracaso (sobre lecturas deseantes de la *Recherche*)

Luis Fernando Butierrez¹

si pensamos cuán fuerte es en la vida de los hombres la proporción de sufrimientos causados por mujeres que “no son su tipo”. Tal vez se debe a múltiples causas; primero, como no son “nuestro tipo”, al principio nos dejamos amar sin amar, y así permitimos que se instale en nuestra vida una costumbre que no hubiera tenido lugar con una mujer que fuera “nuestro tipo” y qué, sintiéndose deseada, se alejaría, no nos daría sino escasas entrevistas [...] esa costumbre es sentimental, porque no hay mayor deseo físico en su base, y si surge el amor el cerebro trabaja mucho más: hay una novela en lugar de una necesidad. No desconfiamos de las mujeres que no son “nuestro tipo”, las dejamos amarnos, y si luego las amamos, las amamos cien veces más que a las otras, sin siquiera tener a su lado la satisfacción del deseo satisfecho [...] Una mujer que es “nuestro tipo” rara vez es peligrosa, puesto que no nos quiere, nos contenta, nos abandona pronto, no se instala en nuestra vida, y lo que es peligroso y procreador de sufrimientos en amor no es la mujer misma, es su presencia de todos los días, la curiosidad de lo que hace en todo momento; no es la mujer, es la costumbre. Marcel Proust, *El tiempo recobrado*, pág. 341.

En nuestra experiencia de lectura de la *Recherche*, entendemos que el encuentro del lector con pasajes de la novela y su operación de impacto se establece en el marco del propio recorrido de lectura, es decir, en un tránsito particular de encuentros y desencuentros que remiten a relaciones con y dentro del texto.² Por ello, la cita con la que aquí damos comienzo se encuentra

¹ Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

² A modo de ejemplo en la novela: en el último tomo, la decisión del héroe de comenzar su obra está situada relacionadamente en una cadena que se inicia con la activación de la memoria

fuera de la trama que le da su valor múltiple, funcionando en otro texto, en otro discurso. En este sentido, el siguiente trabajo surge entre dos citas: una al comienzo, una al final. Aprovechando el carácter móvil del lenguaje y la enorme variabilidad relacional que propone esta obra literaria, proponemos en lo que respecta a la forma de este trabajo un recorrido, un tránsito, en tanto pre-texto para un encuentro semántico posible entre estos dos fragmentos, en el horizonte de sentido no clausurable que ofrece la novela...

Ahora bien, en cuanto al contenido específico, buscaremos articular algunas lecturas de la *Recherche* a partir de una discusión en torno al deseo y al placer en el lector.³ Específicamente, a partir de la mención del “*goce procedente de un deseo muerto*” como posible caracterización del deseo de su narrador, junto a la afirmación de que esta obra es el relato de un deseo de escribir (Barthes, 1978: 398),⁴ nos preguntamos: a) ¿Cómo conceptualiza el deseo Proust, en su obra? Y, en el marco de una tradición de investigación temática de figuras con doble registro (entre enunciación y enunciado);⁵ b) ¿Es posible defender desde allí una lectura deseante de la obra? Junto a ello, indagaremos en qué medida dicha concepción del deseo figura en la teoría de un lector proustiano: Gilles Deleuze.

Dado el carácter proliferante de la *Recherche*, nos limitaremos a recorrer arbitrariamente dos segmentos y analizar allí estas cuestiones: por un lado, los dos primeros viajes del héroe a Balbec para describir las condiciones de la liberación o desbloqueo de su deseo y, por otro lado, la relación del héroe con Albertine para dar cuenta de la operación misma del deseo.⁶

involuntaria (debido a la experiencia física de pisar dos baldosas en desnivel, escuchar el sonido de una cuchara contra un plato y de las sensaciones de una servilleta al secarse los labios), las reflexiones en la biblioteca del nuevo salón Guermantes y la experiencia del Tiempo y la muerte que tiene en la percepción de las marcas de vejez y decrepitud en los cuerpos de los integrantes de la reunión. Es decir, el encadenamiento de una apertura, en la precipitación de ciertos acontecimientos, parece establecer coordenadas para la decisión del héroe.

³ Véase *Mesa redonda sobre Proust* en Deleuze, *Dos regímenes de locos*, 69-70.

⁴ Para este autor, dicho relato del deseo impacta en el deseo del crítico de la *Recherche*, el cual se reduce a una fantasía de búsqueda sin posibilidad de resultado final, en Deleuze (1986). Pág.52

⁵ Como por ejemplo la simetría entre el tratamiento del teatro en la *Recherche* y los rasgos teatrales en la misma escritura, que Melamed desarrolla en *La teatralidad de la Recherche* en Moran (2006), 156-162.

⁶ Utilizaremos para estos tomos las siguientes referencias: II (SMF); III (DLG); IV (SG); V (LP); VI (AD).

I

En los primeros tomos, las estadias en Balbec permiten distinguir condiciones para el despliegue del deseo, a partir de experiencias que conmocionan una serie compuesta por costumbres-yo-percepción-alteridad, la cual se desplaza en el primer viaje, para cristalizarse en una nueva serie en el segundo.

En efecto, la partida hacia Balbec produce en el héroe un cambio de costumbres. En el viaje en tren encontramos una secuencia frecuentemente citada: luego de percibir fragmentariamente en dos ventanas, el crepúsculo del amanecer y los últimos instantes de la noche, busca establecer cierta unidad con su vaivén de una a la otra. En parte, este episodio prefigura una experiencia ambivalente: con la ruptura del entorno organizado renacen dichosamente las potencias dormidas, produciéndose una apertura ante lo nuevo y la belleza; asimismo, el yo articulado con anteriores costumbres intenta auto-preservarse ante esta conmoción, imponiéndose a los nuevos espacios y seres por medio de hábitos y síntesis imaginarias. Así, el campo que se sugiere por fuera del yo presenta una doble faz de belleza con porvenir inesperado y de temor o angustia ante la caída de los lazos que las costumbres tejen.

La experiencia estética y la mediación del arte operan como renovación y apertura. Los contactos con el pintor Elstir y sus pinturas le permiten comprender la limitación de las costumbres perceptivas, al encontrar elementos y personajes que pierden su función habitual, con matices de una recíproca co-presencia de los opuestos que resaltan el instante en su fugacidad, de modo tal que amplían la mirada del héroe y multiplican su remisión al desmontar sus leyes habituales de perspectiva.⁷ Estas impresiones de belleza y su novedad requieren como condiciones una disposición calma y desinteresada, sin las cuales se obstaculizarían.⁸

De este modo la liberación de potencias del deseo es primera respecto al objeto, imprimiéndose de inmediato en el encuentro con la alteridad. La visión deseante de las muchachas en la playa se caracteriza por una belleza

⁷ En este sentido, sostiene: “Unas alas, otro aparato respiratorio, que nos permitieran atravesar la inmensidad no nos servirían para nada, porque si llegáramos a Marte y Venus conservando los mismos sentidos darían el mismo aspecto de las cosas terrestres a todo lo que pudiéramos ver”, LP, 256.

⁸ SMF, 394.

móvil y colectiva, con dos gradientes que intensifican el deseo: el carácter de novedad y misterio junto a una presencia sugerida sin forma definitiva.⁹ Así, la mediación del arte abre un combate inextricable entre la fugacidad del objeto y los intentos de síntesis imaginaria, que no solo se revelan ficcionales sino también insuficientes.¹⁰

Con el fin de la primera temporada en Balbec el deseo ha sido liberado, impactando en su percepción y su yo: los rumores desde su ventana se tornan melodías con una inagotable diversidad, como signos de una relación con el mundo abierto, novedoso e intensivo. En contrapartida, el final de su segundo viaje le deja una sensación degradante ocasionada por la instalación de hábitos y relaciones sociales fijas, perdiendo aquel influjo poético bajo un impulso unificador (también sugerido en aquella secuencia del viaje en tren y sus ventanas): Balbec se torna una atmósfera domesticada y apaciguadora pues, si bien facilita el punto de vista práctico, presenta un entorno vitrificado por un yo que detiene las potencias del deseo.¹¹ En definitiva, en esta experiencia del héroe se presenta un viaje hacia el deseo con un retorno a las costumbres.

II

Aquella doble y ambigua modalidad también podemos encontrarla en la aproximación al objeto de deseo, que consiste en el carácter no voluntario y azaroso de su cumplimiento junto a la necesidad de un trayecto indirecto hacia su encuentro, tal y como acontece, por ejemplo, con el ingreso del héroe a la casa de los Swann o la obtención del permiso para Saint Loup e, incluso, en el logro tardío de la recepción de Gilberte en el salón Guermantes.¹² En estos casos el deseo encuentra trabas en su realización cuando la voluntad interviene en su proceso causal. Específicamente, en los últimos tomos podemos distinguir tres tiempos en la relación con su objeto de deseo: el encuentro, la pérdida y el excedente resultante.

Este encuentro con el objeto puede caracterizarse por distancias, rodeos

⁹ Op. Cit., 386.

¹⁰ La descripción del lunar errante por el rostro de Albertine es un ejemplo de ello, en SMF, 466.

¹¹ SG, 533-534.

¹² Véase, respectivamente: SMF, 83; DLG, 228-229; AD, 261-262.

y errancias. En efecto, en LP el héroe se despierta en su casa conviviendo con Albertine, desde una relación atravesada por celos de diverso tipo. Las dificultades que experimenta por un imposible acceso pleno, no solo aumentan el conocimiento de ella sino que producen una amarga apertura:¹³ el carácter móvil y múltiple la prolongan en el espacio y el tiempo, permitiendo solo un tanteo insatisfactorio como fundamento de su desconfianza y persecución.¹⁴

Tanto el amor como la ansiedad que tornan consistente su deseo se levantan con miras a una exigencia de totalidad que lo moviliza: ese amor solo nace y subsiste si aún queda una parte por conquistar.¹⁵ Al comprender que cuanto más intenta aprisionarla más se le escapa, busca capturar su deseo proponiéndole una separación, simulacro que finalmente se torna verdadero cuando Albertine, también deseante, abandona la casa del héroe.

Ante esta pérdida, encontramos nuevamente cierto vértigo en los umbrales situados en el fin de las costumbres: los hechos se revelan indomesticables para su imaginación, en un entorno que traduce su partida, al tiempo que la prefiguran retrospectivamente. La extinción definitiva del deseo por Albertine llega con el olvido destructor, al momento de comprender que han muerto el yo y los hábitos vinculados a ella. Vislumbra la contingencia del objeto de deseo cuando un viaje a Venecia desde su mirada deseante, toma su relevo.

¿Qué queda de esta operación del deseo en la experiencia del héroe? Con la consumación de la obra del olvido nace un nuevo yo (desde la publicación de uno de sus artículos) y junto al reencadenamiento de la serie se redirecciona el deseo con sus sentidos articulados.

Sin embargo, distingue ciertas huellas que funcionan como constantes o vías uniformes para futuros amores, con arraigo en la fijeza de su temperamento en sus vínculos de deseo,¹⁶ entre las que encontramos diversas resonancias del episodio del beso materno del primer tomo. En este vaivén, la operación del deseo parece siempre ligada a una función vital, aun cuando reflexiona en torno a la vejez y el paso del tiempo: comprende que primeramente nos tornamos incapaces de emprender pero no de desear, hasta el

¹³ LP, 61.

¹⁴ Op. Cit., 97. Aun así, entiende necesaria cierta confiabilidad en el posible cumplimiento del deseo, pues una certeza de imposibilidad, lo suprime. DLG, 395.

¹⁵ LP, 103.

¹⁶ SMF, 484.

momento del hundimiento definitivo en los hábitos cotidianos, que marca la mera supervivencia en la etapa final de nuestras vidas.

III

A nuestro entender, las lecturas que Deleuze ha realizado sobre esta obra resuenan en su perspectiva teórica. Precisamente sostiene una teoría del deseo con vínculos respectivos pues, al explicar el deseo a partir de campos pre-personales, se aparta de los análisis centrados en la conciencia, distinguiendo la operación deseante con su carácter político, su estatuto ontológico y su anterioridad respecto a la relación sujeto-objeto.

Esta conceptualización presenta una elaboración en un texto que destina a Foucault.¹⁷ Allí, a partir del concepto de dispositivo (*agencement*) de deseo, comprende a este como una multiplicidad o campo de intensidades históricamente asignable que implica mecanismos de poder, aunque sin reducirse a ellos. Es por esto que distingue dos ejes: en el primero, ubica los estados de cosas y las enunciaciones relacionadas a dichos dispositivos y en el segundo, las territorializaciones, reterritorializaciones y desterritorializaciones que en él se efectúan. Los mecanismos de poder surgen posteriormente donde tienen lugar estas reterritorializaciones.

Entiende que un campo social se define primero por sus líneas de fuga o desterritorializaciones, que los mecanismos de poder quieren taponar o ligar. Tomando distancia de una perspectiva subjetivista subraya que las líneas de fuga no son creaciones de los marginales o revolucionarios, sino más bien “líneas objetivas que atraviesan la sociedad y en las cuales se instalan aquí o allá los marginales para hacer con ellas un bucle, un remolino, una recodificación”.¹⁸

De este modo, el estatuto ontológico del deseo no remite a una carencia ni a un dato natural o individual, sino a una disposición de heterogéneos que funciona en tanto proceso; su carácter no subjetivo permite entenderlo como un afecto y no un sentimiento, en tanto “heceidad” (individualidad de un día, una vida) y acontecimiento. Dicho proceso supone la constitución de un

¹⁷ Deleuze (1977), 121-130.

¹⁸ Op. Cit., 126.

campo de inmanencia, el cual se define por zonas de intensidad, umbrales, flujos, sobre el que se hacen y deshacen históricamente aquellos dos ejes de los dispositivos de deseo. Deleuze plantea políticas de conjugaciones de estas líneas, en defensa de dispositivos de deseo que abran y promuevan estas relaciones. En este marco, sus lecturas de la *Recherche* presentan una especificación de la conjugación de tales dispositivos.

En suma, encontramos algunas confluencias entre este recorrido del deseo en la *Recherche* y la teoría deleuziana: comprendido de un modo no subjetivo, como campo de fuerzas y multiplicidades que se abren o cierran a partir de ciertos dispositivos (artísticos, políticos, etc.), donde sujeto y objeto se sitúan de un modo derivado (a la vez que permiten hacer visibles las fuerzas del deseo): las territorializaciones o reterritorializaciones, la cristalización de las costumbres, los hábitos y el yo, pueden entenderse como modos tranquilizadores de domesticación e inmovilización de este campo de intensidades. En este sentido, es precisamente en el fracaso de estos últimos desde donde parece liberarse la potencia y circulación de flujos del deseo.

Final del recorrido

A continuación proponemos algunas puntualizaciones que también permitan hacer visible el fracaso inherente a este texto, a pesar de los intentos de ocultamiento que tal vez sean propios del discurso en el cual lo hemos situado.

Al igual que las conceptualizaciones sobre el tiempo y el olvido en la *Recherche*, la consideración del deseo se despliega, al menos, sobre una doble visión:¹⁹ un aspecto de intensidad-apertura y otro de abismo-clausura. Entendemos que este tratamiento paradójico debe articularse en las relaciones recíprocas de la serie conformada por costumbres-yo-percepción-alteridad, dentro de la obra.

Del mismo modo, el registro de lecturas del texto parece ajustarse adecuadamente al concepto de deseo que en él se forja, pues: a) Puede tornarse dificultosa su lectura sin una disposición calma, desinteresada y abierto; b) el encuentro con pasajes y objetos temáticos nunca es definitivo, incluso se van sugiriendo previamente en el despliegue y entorno de los episodios,²⁰ conjugándose unos con

¹⁹ Sobre este tipo de consideraciones véase Melamed, *Figuras de la nada* en la *Recherche*, en Moran (2006), 168.

²⁰ Por ejemplo, en los episodios de la muerte de la abuela; de los zapatos rojos de Mme. Guer-

otros, intensificando así una lectura deseante; c) la belleza proliferante de la obra requiere una percepción renovada que el propio texto va proporcionando en su lectura; d) el carácter inesencial del narrador y los personajes junto a la profundidad con que se trata la condición humana, promueven una posición identificatoria del lector la cual, al ejecutarse variaciones de posición, registro y perspectiva en la narración, le suscita una serie de conmociones subjetivas; e) en paralelo con la narración, el proceso de deseo que se va intensificando hasta el final de la lectura invita a nuevas lecturas de la obra, tornándola inagotable.

En suma, entendemos que la *Recherche* presenta una conceptualización plural del deseo al tiempo que opera con ella, estableciendo las condiciones para una lectura que parece solo compatible con esta modalidad. Del mismo modo, la teoría del deseo y sus dispositivos en Gilles Deleuze se despliega en un marco de relaciones con el pensamiento filosófico que opera de un modo abierto y proliferante afín a una relación deseante con la filosofía.

Estas puntualizaciones, como mencionamos al comienzo, también operan aquí como un pre-texto, o mejor, un vaivén entre dos fragmentos de la *Recherche* con el cual buscamos connotar ciertos umbrales del deseo y del lenguaje. Aquí va entonces, un fragmento del final de la obra con el que deseamos terminar nuestro recorrido:

“mi querido amigo, usted mismo me formuló una teoría sobre las cosas que no existen sino gracias a una creación siempre recomenzada. La creación del mundo no tuvo lugar de una vez para siempre, me decía usted, acontece por fuerza cada día” (Proust, *El tiempo recobrado*, 110).

Bibliografía

- Barthes, R. (1957/2014). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1984/2013). *El susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Bloom, H. (1991). *La angustia de las influencias*. Caracas: Monte Ávila.

mantes (DLG) y en la ejecución social de Charlus (LP).

- Borges, J. L. (1975/2013). *La invención de Morel en Prólogos, con un prólogo de prólogos*. Barcelona: Debolsillo.
- Deleuze, G. (1964/1989). *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (1968). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, G.(1980/2010). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. (1975-1995/2007). *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas*. Valencia: Pre-textos.
- Freud, S. (1906/2012). El delirio y los sueños de la “Gradiva” de W. Jensen. En: *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1907/2012). El escritor literario y el fantaseo. En: *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Moran, J.C. (2001). *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires: De la Campana.
- Moran, J.C. (2006). *Proust ha desaparecido: una memoria de los paraísos perdidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Proust, M. (2000). *Por el camino de Swann*, Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2002). *A la sombra de las muchachas en flor*. Trad. Estela Canto,. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2003). *Del lado de Guermantes*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2004). *Sodoma y Gomorra*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2005). *La prisionera*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2007). *Albertine desaparecida*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2009). *El tiempo recobrado*. Trad. Graciela Isnardi. Buenos Aires: Losada.

Se publican las actas de las “Jornadas Marcel Proust: Literatura y Filosofía” en cuyas ponencias los investigadores exploran las múltiples conexiones entre filosofía y literatura presentes en la obra de Marcel Proust. En efecto, puesto que *En busca del tiempo perdido* reconstruye diversas tradiciones literarias, filosóficas y artísticas a la vez que suscita lecturas heterogéneas y divergentes, los trabajos de las jornadas profundizan algunas de esas relaciones o proponen nuevas posibilidades de lectura. En las ponencias se indaga, en última instancia, sobre cuestiones y concepciones filosóficas inmanentes a los desarrollos ficcionales y las relaciones entre demostración ficcional y demostración filosófica, desde los estudios de género al neopragmatismo, de Merleau Ponty a Benjamin o Sartre.

ISBN 978-950-34-1398-2